

## BIBLIOGRAFIA

cartas un jirón de la vida intelectual de su tiempo.

La actual edición de su epistolario es modélica por varios conceptos. El apartado crítico que introduce logra el justo equilibrio para una obra de esta clase: apenas se hace notar, pero está presente en los encabezamientos de todas las cartas, en pequeña letra cursiva en anotaciones breves entre paréntesis.

Se recogen aquí las cartas que ya fueran publicadas en las *Obras* (*Werke*) por él mismo revisadas (1812-1825). Pero allí figura sólo una décima parte del epistolario. Recoge también la edición del Epistolario preparada por Roth en dos volúmenes (1825-1827); así como el Epistolario póstumo no impreso todavía, editado por Zoeppritz en dos volúmenes (1869). Asimismo se han integrado a esta edición las cartas de Jacobi que habían sido publicadas en los Epistolarios de Hamann (1819) y Goethe (1846). También se han recogido las cartas del período de formación de Jacobi en Suiza, editadas por Booy Mortier (1966).

Los actuales editores (hasta el presente Brügger, Sudhof, Bachmaier, Lauth, Scheider), han podido comprobar que en las anteriores ediciones, las cartas fueron acortadas, modificadas, completadas y estilísticamente corregidas. Han tenido que ser ajustadas ahora a su primitiva redacción. Esto por lo que hace a las cartas ya publicadas.

Pero Siegfried Sudhof realizó una labor de pesquisa sobre correspondencia inédita que ha dado por resultado el hallazgo de un montante de cartas que suponen dos tercios de las publicadas.

Esta edición de la *Correspondencia* de Jacobi es, por lo tanto, un instrumento absolutamente imprescindible para lograr una reconstrucción adecuada del pensamiento y de la influencia de nuestro filósofo

JUAN CRUZ CRUZ

KANT, E., *Filosofía de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México - Madrid - Buenos Aires 1981 (segunda reimpresión), 150 páginas.

Se recogen en esta obra, traducida al español y prologada por Eugenio Ímaz, una serie de trabajos de Kant publicados entre los años 1784 y 1789, unidos por su común preocupación por los temas históricos, políticos y por el futuro destino de la humanidad en su progresivo caminar hacia la venidera sociedad cosmopolita. Sólo *La paz perpetua*, orientada igualmente hacia ese tipo de cuestiones, ha quedado fuera de esta recopilación, por la razón ciertamente singular de ser un trabajo «ya muy conocido en lengua española» (p. 2 del prólogo). Los demás trabajos importantes de Kant sobre aquellos extremos sí quedan recogidos: *¿Qué es la Ilustración?* (1784); *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita* (1784); *Comienzo presunto de la historia humana* (1786); *Si el género humano se halla en progreso constante hacia lo mejor* (1798); *El fin de todas las cosas* (1794).

El primero de ellos —*¿Qué es la Ilustración?*— se abre con una abrupta definición: *La ilustración es la liberación del hombre de su*

## BIBLIOGRAFIA

*culpable incapacidad* (p. 27). Por incapacidad entiende Kant la imposibilidad del hombre de servirse de su inteligencia, y la calificación de «culpable» alude a que la causa es el hombre mismo, su pereza y cobardía, y no precisamente la ausencia de dotes intelectuales suficientes. La salida de este «estado de pupilo» sólo podrá lograrse mediante el ejercicio de la libertad, o más bien de uno de sus usos, el público, pues el otro, el privado, sí podrá ser restringido sin merma significativa para la ilustración del hombre.

Aunque Kant se esfuerza por mostrar la compatibilidad del ejercicio irrestricto de la libertad cuando se hace de ella un uso público —«aquél que, en calidad de *maestro*, se puede hacer ante el gran público del mundo de lectores» (p. 28)— con la necesaria limitación de la misma cuando el uso es meramente privado —«el que ese mismo personaje puede hacer en su calidad de *funcionario*» (ibid.)—, no acierta, en nuestra opinión, a justificarlo adecuadamente, pues, al final, viene a admitir que, como funcionario, la restricción que se puede imponer a la libertad tiene este ineludible límite: no caer en incongruencia con lo que se podría afirmar al hacer uso, como maestro, de ella.

Dilucidada ya la noción de Ilustración, Kant aborda un segundo problema: «¿es que vivimos en una época *ilustrada*? (p. 34). Su respuesta es negativa, aunque, en cambio, afirma que sí es la suya «una época de *ilustración*» (ibid.), pues «ahora —afirma Kant— es cuando se les ha abierto el campo para trabajar libremente en este empeño, y perci-

bimos inequívocas señales de que van disminuyendo poco a poco los obstáculos a la ilustración general o superación, por los hombres, de su merecida tutela» (pp. 34-35).

A desarrollar su concepción de la historia, como curso regular del libre juego de las acciones humanas, se encamina el segundo trabajo de Kant: *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*. La exigencia primera de este proyecto es clara: debe excluirse cualquier concepción de la libertad que la considere como nómeno, dejándola reducida a su ser y manifestaciones fenoménicas, pues sólo así puede aparecer regida, como todo otro fenómeno natural, por «las leyes generales de la Naturaleza» (p. 39). No es este el único requisito. Apenas se anuncia el primero, cuando ya asoma un segundo postulado, tan ineludible como el otro, si la anunciada historia quiere ser construida. Consiste éste en suponer que, dada la ausencia de constancia y regularidad de las acciones humanas —«a pesar de la esporádica aparición que la prudencia hace a veces», dice Kant, «a la postre se nos figura que el tapiz humano se entreteje con hilos de locura, de vanidad infantil y, a menudo, de maldad y afán destructivo también infantiles»—, debemos admitir una *intención de la Naturaleza* (pp. 40-41).

Las meras presunciones sólo pueden tener validez, como procedimiento legítimo de investigación histórica, en un supuesto básico, a saber, cuando se las destine a cubrir razonablemente lagunas que de otro modo permanecerían irremisiblemente vacías. Pero construir la totalidad de la historia sobre tan

## BIBLIOGRAFIA

débil basamento, «no parece diferenciarse mucho del proyecto de una novela» (p. 67). Pero sí es razonable y legítimo —y a ello se endereza el siguiente trabajo de Kant, *Comienzo presunto de la historia humana*— trazar, con ese único apoyo, los orígenes de la historia. «Lo que no puede osarse en el curso de la historia de las acciones humanas —dice Kant—, puede intentarse en sus *origenes*, en la medida en que se deben a la Naturaleza» (ibid.). Es decir, que mientras la serie de los sucesos históricos sólo puede narrarse a partir del hecho histórico conocido, de la noticia, el origen mismo de aquella puede descubrirse sin ese requisito, pues, según el principio de analogía de la naturaleza, suponemos que la experiencia de las acciones humanas en los comienzos «no fue ni mejor ni peor que la que ahora conocemos» (pp. 67-68).

Este es básicamente el contenido de la obra kantiana que reseñamos. Sobre núcleos temáticos semejantes, con diferencias de escasa relevancia, insisten los últimos trabajos de esta obra. La inclusión en ella de *La paz perpetua* hubiera reunido todos los trabajos kantianos conectados por la afinidad de intereses que hemos ido exponiendo. En todo caso, es un empeño meritorio y útil el que esta traducción representa, que el investigador sabrá agradecer.

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

LAUTH, R., *Die Konstitution der Zeit im Bewusstsein*, Meiner, Hamburg, 1981, 129 págs.

Esta apretada exposición del pro-

fesor Lauth es una profunda meditación sobre el entronque del tiempo en la conciencia, cuyas raíces se hunden en el pensamiento agustiniano y cuya savia es aportada por la filosofía trascendental.

En la idea agustiniana del tiempo hay dos tesis capitales: a) El tiempo real es sólo el presente; b) El presente se da tan sólo en una conciencia.

Que solamente el presente sea un tiempo real, se comprende de suyo, pues cuando pasa el tiempo, puede sentirse y medirse; pero cuando ha pasado, no, porque ya no existe.

De ello resulta que el presente sólo se da en una conciencia, es decir, que la realidad del presente no es de orden espacial, sino anímico. Lo que mido del presente es la repercusión que en mí producen las cosas que pasan, repercusión que permanece, una vez que ellas pasan. El tiempo es, pues, en la conciencia una síntesis de instantes sucesivos, una distensión abarcadora de momentos en el movimiento. El tiempo existe en acto por la conciencia, por el espíritu, que mediante la memoria conserva el pasado y mediante la expectación anticipa el futuro. El tiempo realiza su existir en la medida en que la conciencia «mide» el cambio, o sea, suma o sintetiza el antes y el después.

La exposición del engarce del tiempo en la conciencia viene animada, en Lauth, con los principios de la filosofía trascendental. En él han incidido decisivamente, por una parte, las concepciones de Descartes, Hume, Kant y Fichte; por otra parte, las de Bergson y Péguy.

Con Descartes reconoce la discontinuidad del tiempo y la crea-